

## LÍO EN LAS ESCALERAS

La mamá había salido a hacer compras y el papá estaba en la oficina. De haber sido de otra manera, estoy seguro de que este extraño accidente nunca hubiera ocurrido.

Los tres niños estaban en casa, una casa enorme y antigua que tenía tres escaleras: una principal, una en la parte de atrás, y una pequeña que llevaba al sótano. Javier estaba arriba, en su habitación, clavando un clavo en la pared para colgar un cuadro. Myriam estaba ocupada con el balde y un paño, limpiando el piso del baño. Marlene estaba jugando tranquilamente con sus cubos de madera en el piso de la sala.

Por un rato todo anduvo bien. Pero de pronto, sin previo aviso, Myriam escuchó un ruido que le hizo correr una sensación fría por la espalda.

¡Bump, pum, pum, púmbatel y entonces un grito desesperado.

Casi llevándose por delante el balde de agua, se puso en pie y corrió por la galería.

- Javier, ¿escuchaste eso? -llamó-. Tiene que ser Marlene. ¡Se cayó por la escalera del sótano!

Rápida como un rayo Myriam corrió hacia la escalera principal con un solo pensamiento en mente: llegar hasta donde estaba su hermanita lo más rápido posible. Pero en su apuro olvidó que todavía tenía el secador con el paño mojado en sus manos. Sin darse cuenta, tropezó con él y cayó de cabeza hacia abajo.

¡Bump, pum, pum, púmbate! ¡Pobre Myriam! Le dolía mucho, pero no era tiempo para llorar.

Javier, entretanto, que también había escuchado llorar a su hermanita, dejó caer el martillo y corrió hacia la escalera de atrás, que quedaba más cerca de su habitación. La escalera era bastante empinada, y terminaba directamente en la cocina. Había subido y bajado por ella miles de veces sin problemas, pero ahora, asustado, se apuró demasiado, no alcanzó a agarrarse del pasamanos, resbaló y cayó sentado sobre el primer escalón y, sin poder parar, se deslizó hasta abajo.

¡Bump, pum, pum, púmbate! ¡Pobre Javier!

¡Cómo le dolía! Pero cuando llegó abajo no se detuvo un momento. El llanto de su hermanita le hizo olvidar cuán dolorido estaba, y lo único que pensó fue que debía ayudarla.

Se levantó de un salto y corrió hacia la escalera del sótano, donde chocó con Myriam que venía frotándose la frente y el codo mientras corría para ayudar a Marlene. Juntos bajaron apresuradamente la escalera del sótano, y juntos levantaron a Marlene. Cuidadosamente se fijaron para ver si tenía algún hueso roto. Luego la llevaron a la sala y la sentaron en el sofá, entre los dos.

-¡Ay, ay! -dijo Myriam -. ¡Qué golpe me di en la frente! Me duele muchísimo. ¡Y también el codo!

- ¿Por qué? ¿Qué te pasó? -preguntó Javier.

- Me apuré tanto para ayudar a Marlene que me caí por la escalera.

- ¿En serio? -preguntó Javier sorprendido -. ¡Yo me caí por la escalera de atrás!

- ¡Oh, no! -dijo Myriam-. ¡No me digas que te caíste por esa escalera tan empinada! ¿Te golpeaste mucho?

-Oh, sí -dijo Javier-. Me duele mucho.

- ¿Dónde? -preguntó Myriam.

- Bueno... cómo puedo decírtelo... -dijo Javier-. Sólo te diré que me senté en cada uno de esos escalones, uno después de otro, pero demasiado rápido.

-Oh, ¡pobre! -dijo Myriam -. Me imagino que te tiene que doler tanto como a mí me duele la cabeza.

Vamos a tener que mimarnos un poco entre todos hasta que se nos pase el dolor.

Y diciendo esto se sentaron juntos, abrazados uno al otro, con Marlene en el medio, quien todavía sollozaba suavemente.

En ese momento se abrió la puerta del frente y entró la mamá. De un vistazo se dio cuenta de que había pasado algo.

-¿Se puede saber qué pasó? -dijo alarmada- Nunca los había visto tan tranquilos antes.

Entonces le contaron lo que había ocurrido, y cómo los tres se habían caído casi al mismo tiempo por las tres escaleras de la casa, y cómo cada uno estaba tratando de consolar a los otros.

¡Cuán tranquila quedó la mamá cuando pudo comprobar que, a pesar de semejantes caídas, ninguno se había lastimado seriamente! Pero más que todo, estaba contenta por el amor que los unía, y que los había hecho ayudarse y animarse y confortarse unos a otros en un momento de necesidad.